TEMA # 1
INTRODUCCIÓN Y SIGNIFICADO DE LA ORACIÓN

INTRODUCCIÓN

ALGUIEN DIJO UNA VEZ…

La oración es un camino. Orar es una gran aventura y un gran misterio que todo cristiano debería vivir con intensidad. Orar es acercarse a Dios para entablar un diálogo amoroso. Orar es amar, reír, llorar, soñar, pero también es comprometerme, responsabilizarse, confiar, esperar…Orar no es pasar un rato tranquilo en que pienso en mis cosas, en mis problemas, en la gente que quiero. Tampoco es una receta contra la "depre", ni una "pastilla" que me permita dormir tranquilo. Orar no es pedirle a Dios que me dé lo que me toca de la "herencia", por ser su hijo o hija; no es jugar con Dios a través del "si me apruebas los exámenes, te pongo dos velas"; Orar no consiste en buscarme justificaciones a las cosas que hago bien o mal; orar no es culpabilizarme de todo lo que pasa a mi alrededor.

Orar es querer encontrarse con Dios, es vivir por los demás; orar es huir de los falsos sueños pero vivir por la utopía del Reino de Dios; orar es desear buscar dentro para sacar fuera y compartir con los demás; orar es investigar en lo profundo de mi personalidad; orar es entregarse. La oración es un don y una gracia que nos concede Dios y que hay que pedir insistentemente. Por ello es tan importante la disposición interna y externa. Debemos disponer toda nuestra persona para este encuentro con Dios a través de la oración. Para ello es necesario hacer como si todo dependiera de mi, pero al mismo tiempo sabiendo que todo viene de Dios. Anímense poco a poco a sumergirse en esta estupenda aventura que supone la oración. Y les aseguro que no se arrepentirán de haberla comenzado.

NO HAY CAMINOS PARA LA ORACIÓN, LA ORACIÓN ES EL CAMINO.

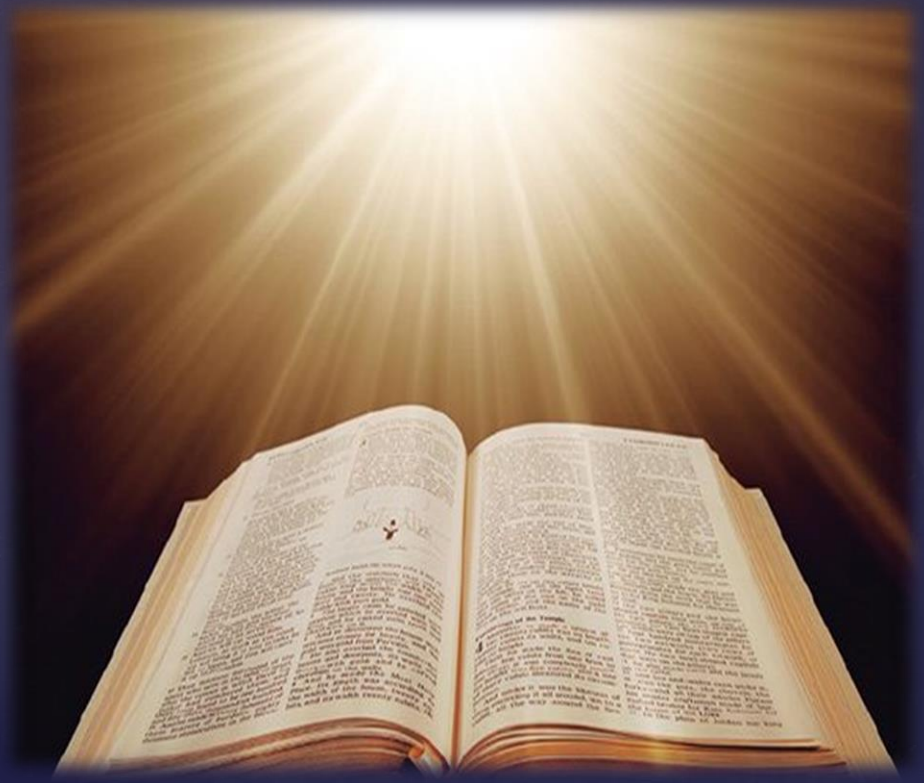
¿QUÉ ES LA ORACIÓN?

«Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría” Sta. Teresa del Niño Jesús.

En el castellano se encuentran con dos vocablos para designar la relación consciente y coloquial del hombre con Dios: **PLEGARIA Y ORACIÓN**. La palabra “plegaria” proviene del verbo latino precor, que significa rogar, acudir a alguien solicitando un beneficio. El término “oración” proviene del substantivo latino oratio, que significa habla, discurso, lenguaje.

Las definiciones que se dan de la oración, suelen reflejar estas diferencias de matiz que acabamos de encontrar al aludir a la terminología. Por ejemplo, San Juan Damasceno, la considera como «la elevación del alma a Dios y la petición de bienes convenientes»; mientras que para San Juan Clímaco se trata más bien de una «conversación familiar y unión del hombre con Dios»

La oración es absolutamente necesaria para la vida espiritual. Es como la respiración que permite que la vida del espíritu se desarrolle. En la oración se actualiza la fe en la presencia de Dios y de su amor. Se fomenta la esperanza que lleva a orientar la vida hacia Él y a confiar en su providencia. Y se agranda el corazón al responder con el propio amor al Amor divino.



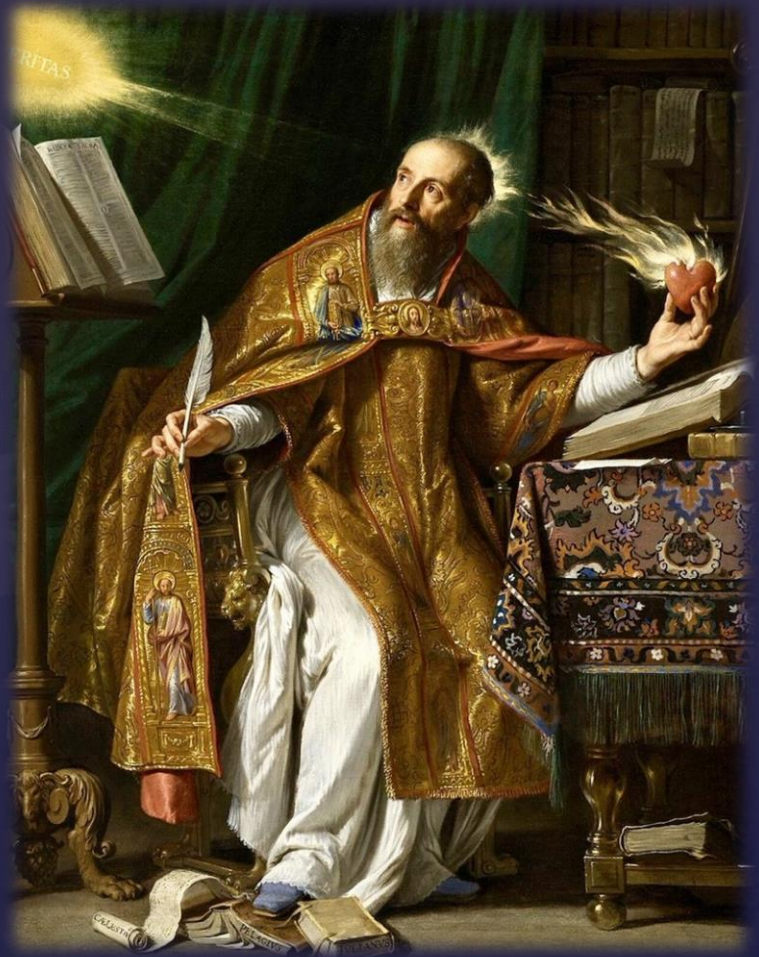
El significado bíblico de orar se refiere a la acción de dirigirse oral o mentalmente a Dios, para pedir, agradecer o comunicar algo. Orar es dirigirse a Dios con la finalidad de comunicarse con Él, aceptando su omnipresencia, su bondad y confiando en su juicio. Al orar se lleva a cabo un diálogo en el que se busca un armonía de corazón y mente, donde se da un gozo en la vida espiritual.

LOS PADRES DE LA IGLESIA Y LA ORACIÓN

San Agustín de Hipona:
“Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo”. Mateo 6, 6-8.

Es evidente que estas palabras de Jesús se refieren a la comunicación más bien silenciosa con nuestro Padre. La oración es un acto de intimidad e interioridad.

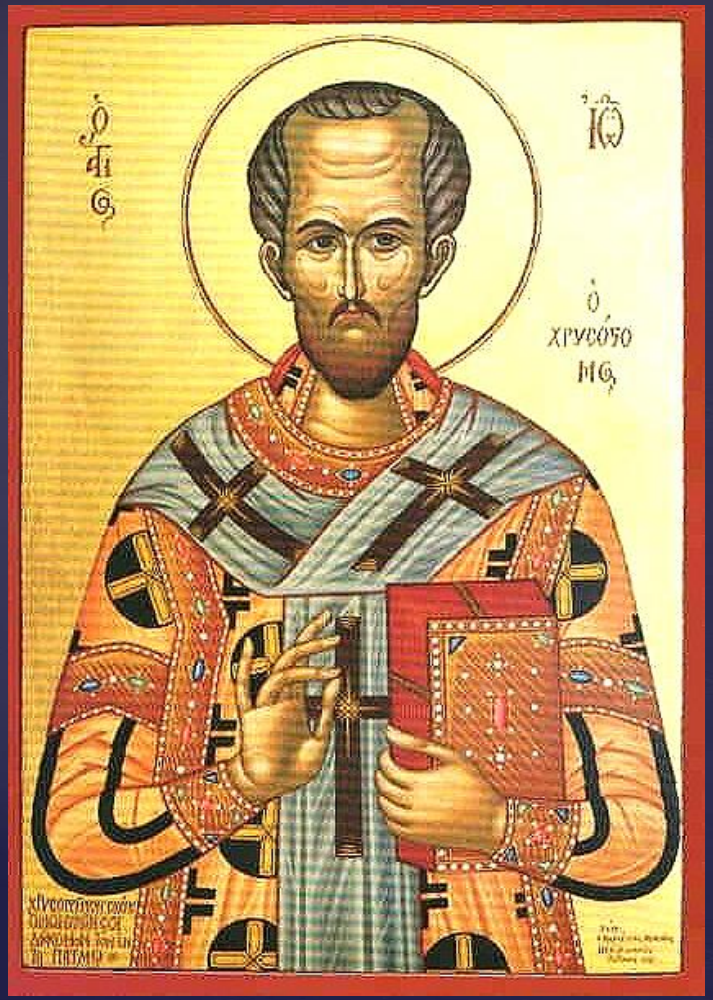
La oración brota de la inquietud de nuestro corazón, que debe purificarse. Es necesaria una auténtica conversión del corazón que vivifique, renovando, toda nuestra vida. Agustín nos dice que es necesario un despojamiento y un desprendimiento que nos harán comprender dónde está la verdadera felicidad. Esa actitud de humildad es imprescindible para ir al encuentro de Dios.



“¡Oh Verdad eterna, oh verdadera caridad y amable eternidad! Tú eres mi Dios, y por Ti suspiro día y noche. Y cuando por primera vez Te conocí Tú me tomaste para hacerme ver que hay muchas cosas que entender y yo no era todavía capaz de entenderlas. Y con luz de intensos rayos azotaste la debilidad de mi vista y me hiciste estremecer de amor y de temor. Entendí que me hallaba muy lejos de Ti, en una región distante y extraña; y sentí como si oyera tu Voz que desde el Cielo me dijera: „Yo soy el alimento de las almas adultas, crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas los alimentos de la carne, sino que tú te transformarás en Mí”

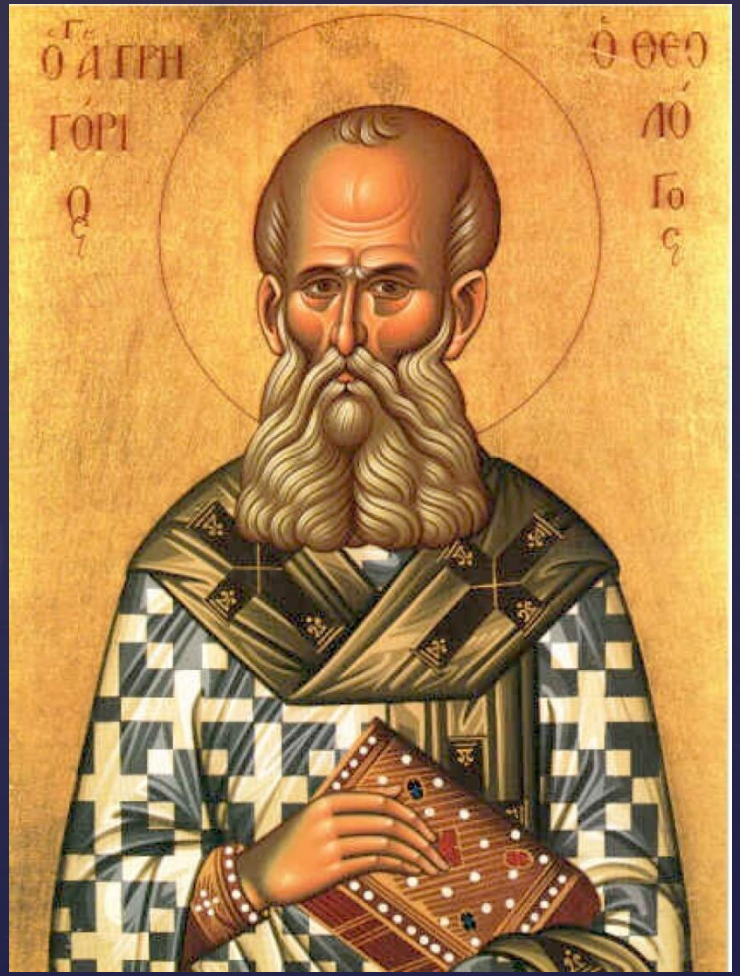
Al ser pecadores, muchas veces el deseo de la oración afloja debido a nuestras faltas y miserias, por eso es necesario reavivar nuestro deseo, para que la oración acompañe nuestra vida y se convierta en incesante. “Todas nuestras inquietudes más profundas, todos nuestros deseos insatisfechos, todos los conflictos irresueltos encuentran su respuesta en Dios, que se comunica y hace presente en nuestro interior mediante la plegaria. Para lograr esto es necesario, según la doctrina agustiniana, volver a nosotros mismos, pero para volver a Dios.” Es necesaria la paz interior para comunicarnos con Dios, y para ello, debemos primero mostrarnos ante Él tal cual somos, pecadores, necesitados de su misericordia.

La oración debe entenderse como “la conversión del corazón hacia Aquél que está siempre dispuesto a dar si nosotros tenemos la capacidad de recibir lo que Él nos quiere dar.



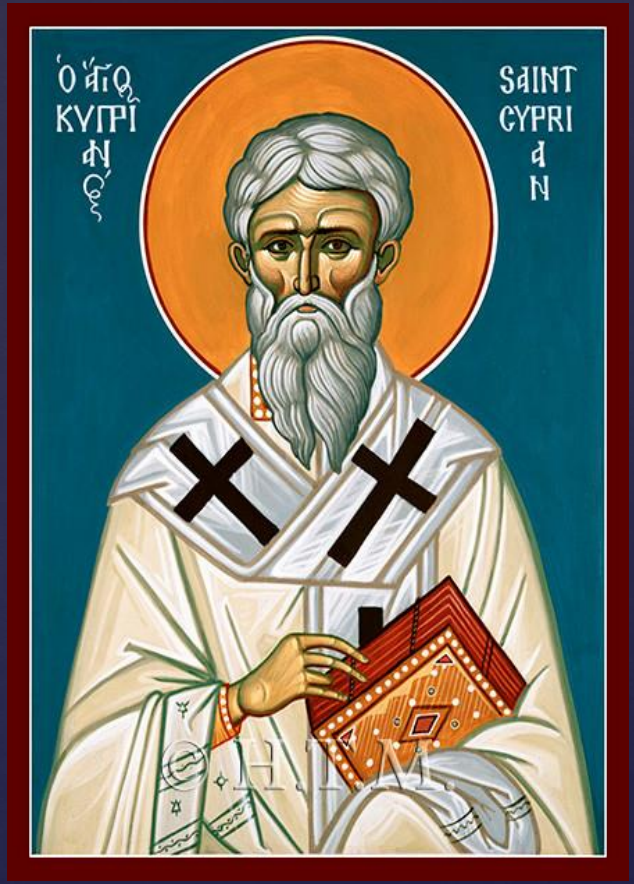
Dice Juan Crisóstomo: “Nada hay mejor que la oración y coloquio con Dios…Me refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino de corazón, que no queda circunscrita a unos determinados momentos, sino que se prolonga sin cesar día y noche.” Y en otra de sus obras, agrega: “Quien te redimió y te creó no quiere que cesen tus oraciones, y desea que por la oración alcances lo que su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien los pide, y anima a los que oran a que no se cansen de orar.

“Es necesario acordarse de Dios más a menudo que de respirar”, expresa San Gregorio Nacianceno.



Dice Cipriano de Cartago:

“Decimos: „hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo“, no para que Dios haga lo que él quiere, sino para que nosotros podamos hacer lo que él quiere. Porque, ¿quién puede oponerse a que Dios haga lo que quiere? En cambio el diablo se opone en nosotros a que nuestros deseos y nuestros actos obedezcan en todo a Dios, y por esto rogamos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios. El que esta voluntad se haga en nosotros, es obra de la misma voluntad de Dios, es decir, de su ayuda y protección, ya que nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino que nuestra seguridad nos viene de la benevolencia y misericordia de Dios… Los que queremos perdurar para siempre debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

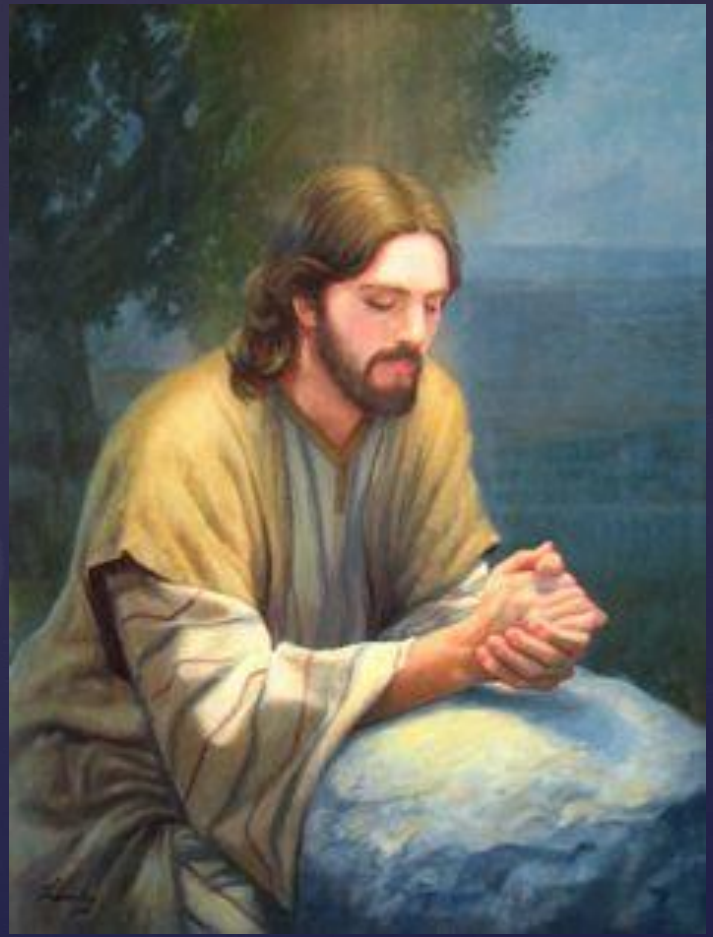


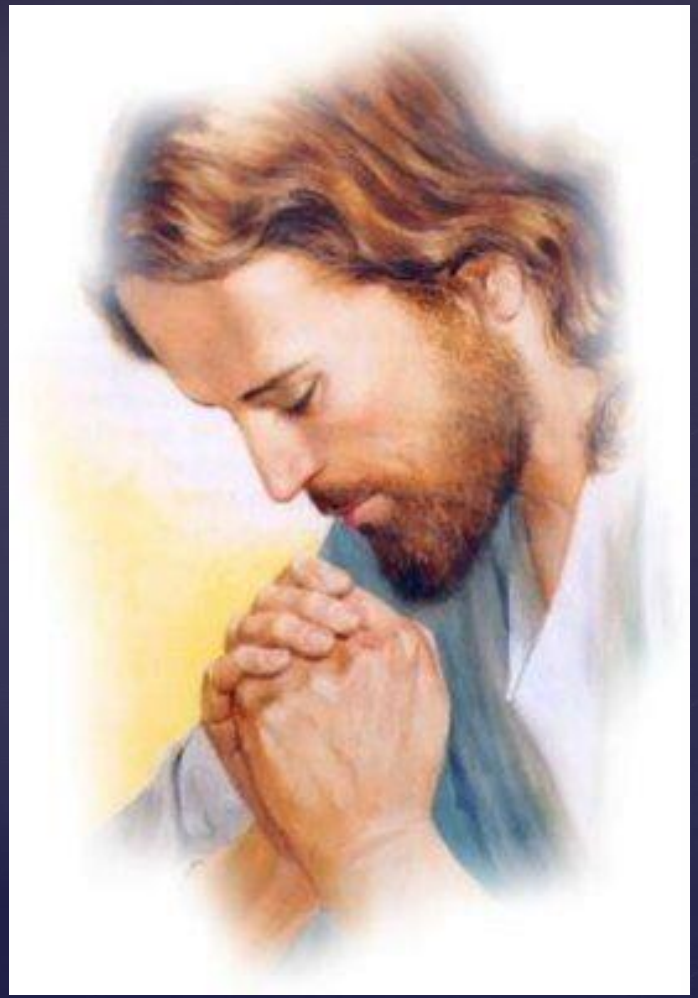
La oración continuada nos va moldeando, va permitiendo que el gozo inunde nuestro corazón. Nos hace sentir amados, escuchados. Es el Espíritu que nos da el don de la alegría.

Para el Papa Francisco
“la oración es la única arma para cuidar la esperanza en medio de las armas que siembran la muerte"

El Papa Francisco reflexionó sobre cómo Jesús incluso en los momentos de éxito “dedicó tiempos para la oración, para retirarse y estar a solas con el Padre”. Señaló que esos diálogos “íntimos” con Dios Padre “son como un timón que guía su misión en el mundo”.

“CUANTO MÁS INMERSO ESTABA EN LAS NECESIDADES DE LA GENTE, MÁS SENTÍA JESÚS LA NECESIDAD DE VOLVER CON EL PADRE Y EL ESPÍRITU”.

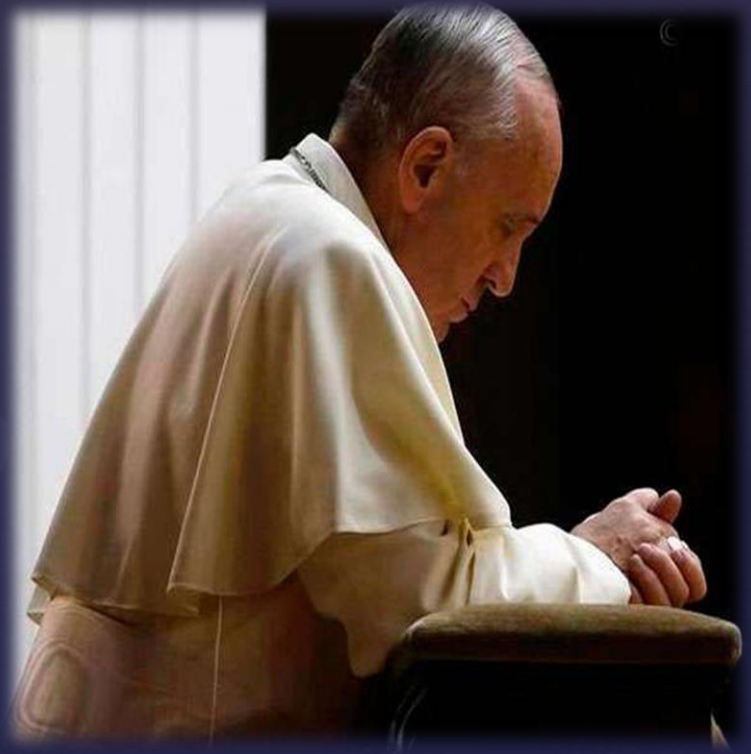




La oración es el timón que guía la ruta de Jesús. Las etapas de su misión no son dictadas por los éxitos, ni el consenso, ni esa frase seductora “todos te buscan”. La vía menos cómoda es la que traza el camino de Jesús, pero que obedece a la inspiración del Padre, que Jesús escucha y acoge en su oración solitaria.

La oración es sobre todo escucha y encuentro con Dios. Los problemas de todos los días, entonces, no se convierten en obstáculos, sino en llamamientos de Dios mismo a escuchar y encontrar a quien está de frente. Las pruebas de la vida cambian así en ocasiones para crecer en la fe y en la caridad. El camino cotidiano, incluidas las fatigas, adquiere la perspectiva de una “vocación”.

La oración tiene el poder de transformar en bien lo que en la vida de otro modo sería una condena; la oración tiene el poder de abrir un horizonte grande a la mente y de agrandar el corazón.



Todos somos capaces de oraciones episódicas, que nacen de la emoción de un momento; pero Jesús nos educa en otro tipo de oración: la que conoce una disciplina, un ejercicio y se asume dentro de una regla de vida. Una oración perseverante produce una transformación progresiva, hace fuertes en los períodos de tribulación, dona la gracia de ser sostenidos por Aquel que nos ama y nos protege siempre.

Toda persona necesita de un espacio para sí misma, donde cultivar la propia vida interior, donde las acciones encuentran un sentido. Sin vida interior nos convertimos en superficiales, inquietos, ansiosos - ¡qué mal nos hace la ansiedad! Por esto tenemos que ir a la oración; sin vida interior huimos de la realidad, y también huimos de nosotros mismos, somos hombres y mujeres siempre en fuga.

La oración de Jesús es el lugar donde se percibe que todo viene de Dios y Él vuelve. A veces nosotros los seres humanos nos creemos dueños de todo, o al contrario perdemos toda estima por nosotros mismos, vamos de un lado para otro. La oración nos ayuda a encontrar la dimensión adecuada, en la relación con Dios, nuestro Padre, y con toda la creación.

La oración de Jesús finalmente es abandonarse en las manos del Padre, como Jesús en el huerto de los olivos, en esa angustia: “Padre si es posible…, pero que se haga tu voluntad”. El abandono en las manos del Padre. Es bonito cuando nosotros estamos inquietos, un poco preocupados y el Espíritu Santo nos transforma desde dentro y nos lleva a este abandono en las manos del Padre: “Padre, que se haga tu voluntad”.